

Traiciones y concesiones

Pol Popovic

En aquel mes de julio, la subida por la calle del cementerio se hizo aún más tediosa de lo que ya era en años pasados. El sol calaba desde el cielo mientras el adoquín chamuscaba las suelas de los zapatos. Un hombre medio calvo y canoso asía un ramillete de flores de tallos cortos.

Finalmente la calle dio una estirada hacia abajo para descubrir a mano derecha el camposanto. Yacía inclinado hacia la calle para que los muertos pudieran espiar a los vivos y culparles de cosas que no tuvieron tiempo de achacarles en vida. El grabado de una tumba se quejaba: “La muerte te llevó antes de que pudiera hablarte.” Es posible que el difunto gritara lo mismo desde su ataúd pero ninguno de los dos podía escuchar al otro. Finalmente estaban a salvo uno del otro.

Una estela negra y pequeña descansaba en la sombra de un nogal que dejaba caer sus ramas al suelo. El hombre se sentó en el mármol, encendió un pitillo y se dejó llevar por la hondura que se extendía al otro lado de la calle. Una iglesia blanca de cúpula dorada resoplaba la resolana y vigilaba por sus ventanas estrechas y largas el pueblo que se derramaba en sus alrededores.

Entre los techos rojizos se intercalaba el verdor de árboles y jardines. Las cercas invisibles delimitaban los parches coloridos que se distinguían cuanto por su forma tanto por los cuidados de sus moradores. Cada mano dejó su huella temporal en la alfombra del pueblo, tan silenciosa como el cementerio. Sólo un ruiñeñor ignorado parecía deseoso de compartir su pena amorosa desde la privacidad del nogal.

El hombre sentado se puso a repasar una historia. Vefía una familia tan familiar que nunca pudo olvidar sus caras y a la vez tan distante que parecía proyectada en una pantalla de cine.

Sentado al lado de su padre quien manejaba, el niño sintió el ardor picante del humo del pitillo en aquella hora tempranera del invierno. Ya había nevado y bastante. También sintió la chispa que ardía en el rabillo del ojo de su padre. Chispeó sobre su cara y rebotó en la calle. No había duda, estaba vigilado, acurrucado en un Fiat 750 de ventanillas ribeteadas de hielo.

Dos personas en la calle dieron una punzada en las entrañas del niño pero él la aguantó sin el menor sobresalto.

Una campesina en edad de abuela –envuelta en capas de ropa negra y arrebozada– miraba en dirección del Fiat 750 que subía la colina. La mujer estaba al pie de un poste de estación de autobuses y conversaba con otra mujer de similar ropaje que el niño veía de espaldas.

Al otro lado de la calle, cerca de una llave de agua de la que pendía una columna de hielo, un hombre estaba arrodillado con agujetas entre los dedos mientras sus ojos saltaban alternadamente entre el Fiat y la campesina. Su postura de animal agazapado dio un escalofrío al niño.

El niño fingió un bostezo y cubrió la boca con la mano. Cerró el ojo izquierdo y el derecho dio un latigazo sobre la cara de la campesina. Antes de que el auto desapareciera tras la curva, la campesina se apuró a descaminar la calle porque olvidó, qué locura, el queso envuelto en un paño y colgado de una viga del sótano.

Un par de curvas más adelante, el padre sonreía de oreja a oreja, tomó la cabeza de su hijo con la mano derecha, lo estrechó contra su pecho y aplastó sus labios contra el cabello delgado del niño.

–Les dije... Tú eres mi hijo. Tú y nadie más. Eres mi vida. ¿Lo sabes? –y le lanzó a la cara una mirada. El niño guardó silencio.

Unas horas más tarde, el niño salió de una larga y grisácea escuela acostada al lado de un parque poblado de pinos y robles cubiertos de nieve. Con la mente empañada por las pesadillas diurnas y retazos de exposiciones de sus maestros, dobló la esquina y se dirigió hacia el Fiat. Su padre estaba sentado en la orilla de la cerca fumando, la mirada abstraída por la blancura.

Cuando el niño se acercó, el padre se sobresaltó. Palmeó las rodillas y quedó pasmado un instante.

–¿Aquí estás? –cuestionó la simplicidad del hecho–. Vámonos hijo mío –y lanzó lejos la colilla contrariamente a la costumbre de dejarla caer a su lado y pisarla vigorosamente–.

Las tapias, parques desolados, banquillos vacíos, transeúntes encogidos y curvas dudosas escoltaban su regreso a casa. Dentro del coche, unas castañas calientes despedían su aroma cálido y corrompido por el olor a tabaco y alcohol. Su olfato logró discernir una hebra agria del sudor de su padre. Se volteó y vio en el asiento trasero un abultado cucurucho de papel periódico. Se sumió de nuevo en la cavidad del asiento y esperó en vano que la voz paterna lo invite a cogerlo.

–No me gustó la comida del comedor –se oyó su voz desinteresada–.

–Oh, te traje las castañas. Cógelas.

–No, gracias.

–¿Cómo? Son las que asan en la estación de trenes –y por primera vez volteó la cara hacia el hijo, los ojos ensangrentados, el aliento alcoholizado. Su rostro tomó la expresión de un payaso que debió transmitir la sorpresa hasta la última columna de espectadores–.

–Ya sabes por qué no –respondió el niño y no hubo comentarios un largo rato–.

–Pero hijo mío, te he dado todo. ¿Cómo has podido? –Sus dientes crujieron–. Te echaron a perder, a mis espaldas. Te envenenaron. –Se fijó en la calle asintiendo y negando con la cabeza como si estuviera en consulta con un puñado de demonios–. Aún tú hijo mío, me has traicionado –y sus mandíbulas se cerraron.

—No te enojés —el niño puso la mano sobre la manga del abrigo grueso de su padre pero el codo la sacudió—. ¿Te acuerdas que cuando la perra Rita parió seis cachorros y uno salió manco? —No hubo ninguna respuesta. Ambos miraban el desfiladero de árboles blancos, casas con cercas ovaladas, el humo oscuro de las chimeneas—. Tú dijiste que así era la vida y que teníamos que ponerlo a dormir pero que en su tumba iba a crecer un pino alto y verde.

Los puños asían el volante que rechinaba. Se sucedían las estampas borrosas del paisaje adormecido que marcaban el camino a casa. En un par de ocasiones, el niño pensó que su padre iba a ocasionar un accidente de manera intencional pero en el último instante esquivaba el obstáculo, enderezaba las ruedas y seguía la marcha.

A pesar de la consigna de nunca hacer uso de la guantera mientras el coche estaba en movimiento, el niño la abrió tranquilamente. Sin mirar, deslizó la mano por debajo de los papeles, rozó la manivela rota de la ventanilla, tocó el fondo, estiró los dedos a la derecha y allí estaba el juguete de un indígena de torso desnudo cabalgando en un mustang. Empuñó la figura de plástico y embutió su mano en el bolsillo del abrigo llevándose a su amigo.

—¿Va a ser rápido?

—El mentón del padre asintió.

—Gracias.

Una media hora más tarde, el padre abrió la puerta del Fiat volteando la cabeza al otro lado y su hijo salió. Empujado por el frío y la mano paterna, el niño encontró su lugar en un corro de hombres silenciosos. Con la cabeza agachada, no vislumbraba más que botas y pantalones que llegaban hasta los abrigos —había una chaqueta de piel—. Olió en el aire frío el aroma del tabaco picado que le gustaba enrollar en papel traslúcido para su padre, los tíos e invitados a lo largo de aquellas noches en las que se le permitía seguir observando los juegos de naipes hasta altas horas de la madrugada. En aquel aire cargado de humo que picaba los ojos, chistes jocosos aunque incomprensibles, golpes sobre la mesa, suspiros seguidos de carcajadas y miradas bonachonas, presidía la figura de su padre con sus deducciones ingeniosas sobre los hechos de la noche y de la vida política del país. Solía resistir con todas sus fuerzas los embates del sueño hasta que éste lo privase del espectáculo y lo dejase tirado en el sofá. El enemigo oscuro iba venciénolo mientras escuchaba el arrullo de las voces y el tintineo de fichas coloridas en la mesa.

Ahora, en el terreno ligeramente inclinado hacia el cerro que los separaba del pueblo, la atmósfera era distinta a pesar de su aroma familiar. Notó unos golpes de botas contra el suelo similares al golpeteo de los cascos de caballos que se preparan para una faena arriesgada. Una ola de calor cundió bajo su abrigo y gotas de sudor empezaron a hacerle cosquillas en la espalda. Permaneció ausente en la conversación de señas que fluía por encima de su cabeza.

En su bolsillo, apretaba al jinete que lo había acompañado en tantas cabalgatas durante perezosas tardes pasadas en la alfombra de su alcoba entre los pies de la mesa y los del sofá. Estaba oculto en su puño y ya nadie lo podía emboscar, ni la cueva penumbrosa bajo su cama era más segura que la entumecida palma de su mano. Y su fiel mustang podía encontrar su senda de escape sin luz de día ni claro de luna.

Un hombre de cara ancha, cuello carnoso y ojos translúcidos hincó una rodilla en la nieve y lo miró en la cara.

–¿Tienes miedo? –el niño sacudió la cabeza como si se sacudiera unos copos de nieve–.

–¿Te acuerdas de mí?

–Enrollaba cigarrillos para usted cuando venía a la casa para jugar cartas y... le gusta el vino tinto.

El hombre alzó la cabeza hacia la concurrencia y bajándola hacia el niño sonrió.

–Ya eres grande e inteligente, por eso ahora tienes que prestar mucha atención. Mira, nosotros no podemos permitir que la gente, ni nadie –hizo un brusco movimiento lateral con el canto de la mano– haga lo que tú hiciste. Ésta es la segunda vez que nos das una puñalada en la espalda. ¡Y nuestros hombres mueren por tu culpa! –Le gritó a quemarropa–. Y no es sólo a nosotros sino también a tu propio pueblo y a tu sangre que traicionas. –Rozó su cara con la manga negra de su abrigo–. Ahora, como tu padre es uno de nosotros desde antaño, igual que tu abuelo lo ha sido y que en paz descansa, por Dios nuestro... tu padre es mi hermano hasta el fin de los siglos, por esto y nada más, te damos la oportunidad de que con tus palabras y nuestras manos plantes un pequeño pino en este hoyo congelado, que cavamos para ti, y que de una vez por todas abracemos nuestra causa y seas uno de nosotros. –Se paró como si esperara un comentario, echó un vistazo en su derredor y retomó la palabra.

–Ya sabemos lo de la gorda bruja que esta mañana esperaba tu señal en la estación, ya no tienes que temerle. Ya se fue para siempre. Estás rodeado de... no de un padre, sino de tus padres que te quieren y te protegerán hasta la tumba. –Tomó una larga bocanada de humo–. No te imaginas qué dolor has causado a tu padre. ¿Te ha cuidado bien tu padre?

Reteniendo los llantos, el niño asintió sin levantar la cabeza.

–¿Lo hizo bien? –la voz del hombre se hizo más fuerte y su rostro se acercó al niño. Este apretó al jinete en su puño. Escuchó un borbotón curioso que escapó del pecho de su padre y fingió no haberlo notado.

El niño asintió con firmeza y los pucheros retorcieron su cara.

–¿Lo hizo bien? –insistió el hombre–. ¿Con todo el coraje de su corazón? –le gritó mientras lo sacudía de la manga–.

–¡Sííí! –y las lágrimas se soltaron–.

–Ven acá. –El hombre hincado lo estrechó contra su pecho, le dio palmaditas en la espalda, lo dejó sacudirse convulsivamente entre sus brazos, apretó sus labios contra su cabello y el niño sintió que algo parecido a una gota de leche cálido rozó su sien.

–Ahora, el Honorable Comité de Patriotas quiere saber si deseas adherirte a sus filas hasta que la muerte te separe de nosotros –tronó la voz del hombre mientras se incorporaba.

El niño iba hundiéndose en un laberinto de náusea. Las faldas del monte se columpiaban, de un lado al otro. Lo columpiaban. Confluían voces confusas y acaso impacientes, tal vez lo compelián a decir algo.

El temblor se posesionó del niño pero sus labios permanecieron sellados. Apretó los dientes para resistir una nueva ola de llantos y mareos.

Tras unos momentos vacíos, el niño recuperó la calma y observó el desfile de caras que se inclinaban hacia él y desaparecían. Dejaban caer comentarios descosidos, «qué lástima, adiós, hijo mío, valiente, palabras incomprensibles». Parecían rostros de payasos, rostros pintados y en la lluvia deslavados.

Se le acercó un rostro grisáceo con manchas amarillas en los ojos. Lucía una sonrisa larga y delgada, el niño esperó el contacto de sus labios con su mejilla pero sólo escuchó «ahora vas a pagar».

Un tiempo revuelto, manchado de sombras y colores, jugueteaba con el niño y su mustang. Este sonrió y con la sonrisa sintió que sus mejillas estaban congeladas.

La voz de la cara ancha cortó el ensueño del niño: “Ya sabes, es tu responsabilidad ante el Honorable Comité de Patriotas de resolver el percance que surgió en tu casa.”

Una sombra se acercó al niño por su lado izquierdo, el cerco se extendió y se reagrupaba más allá. El jinete cabalgaba tranquilamente en el puño derecho del niño, estaba dispuesto a asumir la siguiente jugada. Una manga salpicada de motas blancas se extendió hacia su sien.

—¡Mi vida por la suya! —y el padre bruscamente llevó el metal bruñido a su cuello y un copete rojo estalló de su coronilla. El bulto se desplomó y sus piernas revolotearon en el aire como si quisiera caminar. El niño lo observó sin pestañear y luego cayó al lado de su padre—.

El hombre sentado en la tumba recordaba aquello invierno. Un invierno como todos pero inolvidable. ¿Quién hubiera pensado que, tras ese frío, el sol iba a salir de nuevo? Nadie.

Los gorriones entonaron un aire alegre en la copa del nogal. El viento barría el calor del día preparando el camino para la noche.

El hombre sentado reajustó la vela consumida a medias y limpió con la mano la lápida. Al pie de la vela, en un pequeño plato de cerámica, yacía un pitillo, uno de los viejos, el tabaco picado estaba toscamente enrollado en un papel blanco. Lo tomó con dos dedos y dejó caer de su mano el juguete desgastado de un jinete sobre un caballo de piernas rotas. Desenrolló el pitillo y leyó los garabatos: viernes, 9 noche, junta. H. C. P.